

EL CONTEMPORANEO.

Edición de Madrid.

MADRID.—12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico, establecidas en la calle de Tragiceros (Prado) núm. 20, entresuelo.—También se suscribe en las librerías de Bailly-Ballière, calle del Príncipe, núm. 41; Cuesta calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

Madrid.—Jueves 9 de Octubre de 1862.

PROVINCIALES.—15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó enviando directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y Extranjero 20 rs. al mes.

Año III.—Núm. 544

ADVERTENCIA.

Se ha suspendido hasta el día 11 la vista de las dos causas de real orden seguidas contra EL CONTEMPORANEO, que estaba señalada para hoy.

MADRID.

8 DE OCTUBRE.

Los periódicos ministeriales andan siempre disputando sobre todo género de cuestiones, de lo cual resulta que reflejan perfectamente la armonía que existe en el vicarismo.

La Epoca y La Correspondencia son los que mas se distinguen en esta lucha, y basta que el uno diga blanco, para que el otro conteste negro.

Después de varios negocios en que han discutido á su sabor diversas opiniones, ahora disputan sobre si se celebrarán ó no se celebrarán próximamente conferencias en París para tratar la cuestión mejicana.

La Correspondencia asegura que solo se aguarda el regreso del emperador con este objeto, y La Epoca replica que no se reanudarán las conferencias hasta que el ejército francés haya entrado en la capital de la república.

Casi estamos por creer al último de estos dos periódicos, pues al vecino imperio lo que le importa es que sus tropas se apoderen de la capital mejicana sin intervención de los aliados, que después tendrán que contentarse con lo que les ofrezca.

Creemos que nuestro embajador puede ir y venir cuando le acomode, seguro de que no se han de acordar de nosotros para consultarnos acerca de los asuntos de Méjico.

Antes era diferente, porque al fin, según se asegura, el Sr. Mon marchaba muy de acuerdo con el gabinete francés; pero como han sucedido ciertos lances, y dice el refrán que el gato escaldado del agua fría huye, no hay cosa más natural que la reserva con que hoy nos trata el vecino imperio.

Por algo dió á entender en su discurso el emperador aquello de las ingravidades.

El día menos pensado entrará el ejército francés en la capital de la república mejicana, y los españoles residentes en aquel país tendrán que pasar por el sonrojo de que su patria haya perdido toda la influencia que allí ejercía.

Verdad es que esto al gabinete no le importará un comino, pues ya el Sr. Calderon Collantes acusó en pleno Parlamento á nuestros compatriotas de atender más á su propia conveniencia que al bienestar de la patria, y nada tan justo como el que el gobierno, á nombre de la patria, les pague en la misma moneda.

Los españoles residentes en el extranjero tienen un protector decidido en el ministro de Estado, porque también el Sr. Calderon Collantes dijo en las Cortes que de nuestros hermanos de Venezuela era la culpa de lo que allí ocurría.

No se cansen, pues, ni los de Venezuela ni los de Méjico en dirigir esposticiones al gabinete, ni en protestar contra las palabras de los ministros. Mientras exista el actual gobierno, es inútil pedir firmeza en los actos oficiales y protección en los poderes públicos.

El gabinete se ha resuelto á no conceder mas que destinos, y cuando no los tiene á mano, los crea, para servir á quien los pide.

De tal situación pueden resultar muchas cosas, y una de ellas es que la inmoralidad política llegue al extremo á que, por desgracia, está llegando.

Mientras se abandonan los intereses del país y se acusa á los españoles que viven en lejanas tierras, se acoge y se acaricia á los que, renegando de sus antecedentes, arrojan el humo del incenso sobre los ídolos del vicarismo.

De este modo, claro está que la nación camina á elevarse á potencia de primer orden, y que la felicidad pública crece de día en día.

Ya se habla de compras y ventas de hombres políticos con la misma frescura que si se hablase de cualquier otra mercancía, y se pone precio á la formalidad y á la consecuencia de los personajes mas elevados, sin que la gente se sorprenda de tanta audacia.

Y es que como los ejemplos se repiten y en la situación moral del país, políticamente hablando, todo cabe, resulta que la sorpresa sería una verdadera inocentada.

Ponga cada uno su mano en el pecho y descúbrase el rostro para que el país le conozca, pues siempre es bueno tener las cuentas corrientes por sí llega la hora de aquellas grandes liquidaciones que nos anunció no há mucho un periódico vicarista.

Decíase anoche en los círculos políticos, no sabemos con qué fundamento, que en el partido ministerial se preparaba una evolución que sería en verdad sorprendente, si algo pudiera sorprendernos ya en el estado que ha venido la política hoy dominante. Afirman los que se creen mas enterados, que el proyecto en cuestión consiste en hacer que se retire el ministerio antes de apertura de las Cortes, para que el nuevo gabinete, formado por hombres del mismo color político, pueda desembarazadamente convocar un nuevo Parlamento, y dar largas por este medio á la tristemente célebre cuestión de Méjico.

Creyendo, sin duda, los ministeriales en la eficacia del refrán que dice, saucias causan olvido, esperan que al fin y al cabo cederá el general Prim, y que cicatrizadas las heridas que han podido causarle los ataques virulentos de ciertos periódicos, abandonará al fin el noble propósito que parece hoy abriga de provocar el mas solemne debate sobre sus actos en el antiguo imperio de Motezuma, presentando de relieve el cuadro de la política exterior, y dando el mas solemne mentís á cuanto contra su persona y actos hayan dicho sus enemigos en España y el extranjero.

O mucho nos equivocamos, ó este pensamiento será considerado por el conde de Reus como la mayor injuria que pueda inferirsele; pretender que el conde de Reus sofoque las quejas que su alma, harto lastimada con los últimos desengaños, abriga, sería negarle las condiciones de altivez y delicadeza que pudiera tener el último de nuestros hombres públicos.

Nada tenemos que decir hoy sobre la cuestión de Méjico en general, cuestión á que hemos dedicado una larga serie de artículos, y sobre la cual es imposible formar juicio definitivo, sin que tenga lugar el debate que con tanto afán espera la nación. Nosotros, sin embargo, hemos dicho y volvemos á repetir que en esta cuestión la responsabilidad del general Prim dejó de existir el día en que el gobierno aprobó, de la manera mas solemne, los actos de nuestro plenipotenciario; desde ese momento, la figura del general Prim no aparece en esta gran cuestión

internacional; sostener otra cosa es entrar en las sutiles teologías de La Epoca, cosa, perdonemos nuestro estimable colega, que no hará nunca El Contemporáneo.

Si las resoluciones adoptadas en Méjico son favorables á los intereses de la nación, cíñase el gobierno el laurel de la victoria, y los pueblos agradecidos canten su *hossanna*; si de aquellos actos solo pueden venir males para España, si nuestra actitud debió ser otra, si hemos perdido nuestra importancia, y nuestra respetabilidad en el continente americano, el gobierno solo es responsable. Esgriman por tanto contra él sus armas los sostenedores de esta idea, y no presencie el país por mas tiempo el repugnante espectáculo de una corte de generales, ministros, embajadores, empleados y periodistas humillados, declarando irresponsable, cosa inaudita en un país con sombra de libertad! al presidente del Consejo de ministros.

Mas dejando aparte lo que de puro sabido no debiera repetirse, vengamos á la versión que anoche hemos oido, y que es objeto de nuestras ligeras consideraciones. Dícese que al frente de la combinación, y tal vez con la aquiescencia de muchos de los que al pronto aparecerían como derrotados, está un ministro en activo servicio, notable por su flexibilidad, y experimentado en esto de entrar y salir en gabinetes distintos, dejando en el dintel del ministerio que abandona, como se deja el traje al salir una estación, sus ideas y sus mas serios compromisos.

No creemos que semejante cosa es posible; enemigos políticos de este ministerio y de los hombres que tienen en él mas responsabilidad, no somos nosotros de la estofa que se necesita para ver, ni aun en nuestros enemigos, acciones vituperables antes de que existan. Pero necesario es confesar que sería, si llegase á realizarse, tan trascendental el hecho, tan inaudito el caso y de consecuencias tan peligrosas, que no podemos menos de apuntar ligeramente la impresión que causó en nuestro ánimo la, tal vez fabulosa, nueva.

No es un punto de política interior el que primero ha de debatirse en las próximas Cortes; se trata de una cuestión exterior, de una cuestión que se agita hoy en el mundo entero. El gobierno español está acusado ante la opinión pública de la Europa de haber sido poco leal en el cumplimiento de sus compromisos, la honra de generales españoles, está, no manchada, porque eso es imposible, pero aventuradas suposiciones dirigidas por lengua extranjera, corren cual vagas nubes que deben dispar los vientos de la verdad triunfante, y hasta el nombre de la Reina aparece envuelto en tan ruidoso asunto, cosa que en verdad aumenta su importancia, aunque aparezca suficientemente explicado el hecho, por ser la forma adoptada en casos de la misma especie.

Qué consideración, qué gran causa, qué respeto ó alto miramiento pudiera explicar una modificación hecha sin mas objeto que retardar la apertura de las Cortes? No se nos alcanza; y respetando y acatando siempre la prerogativa que la Constitución concede al trono, porque somos hombres de ley, creemos que el ministerio O'Donnell debe presentarse por honra propia y decoro nacional cuanto antes á juicio en pleno Parlamento; Llegue, pues, esa día, y con tal que llegue pronto, celebrense el juicio ante los propios amigos del ministerio, que si la justicia no triunfase en la representación nacional, triunfaría en el país, y cuantos inscriban sus nombres en las votaciones venideras, teniendo en mas el servicio de los mag-

nates que la voz de la conciencia, enseñarán, á los pueblos, que toda cautela es poca en la elección de sus representantes.

Coronas al ministerio, si por su actitud en la cuestión de Méjico las merece! ¡Agría y terrible censura si no ha comprendido su alta misión; pero juicio pronto, porque así lo piden el porvenir de nuestra grandeza y la honra de la patria!

No venga el desenlace de este gran drama á enseñar á nuestros enemigos que hemos llegado á la tiranía del ministerio, al dominio de un poder no consignado en las leyes, y que somos capaces de sacrificar las mas altas consideraciones á la adulación ó al miedo de un hombre.

No permita el cielo que en España haya olvidado todo el mundo que el honor político tiene sus leyes y sus reglas, reglas y leyes á que no puede faltar, sin traer sobre la patria grandes cataclismos, porque el honor, desconocido en los Estados despóticos, donde ni siquiera suele haber voz que lo espere, reina en las monarquías, da vida á todo el cuerpo político, á las leyes y alimenta la virtud misma.

¡Ay del porvenir de los pueblos! ¡Ay de la grandeza de las monarquías en que el honor no impera!

No queremos enredarnos en una nueva controversia con El Pensamiento Español; pero no podemos tampoco abandonar la defensa del Sr. Nuñez de Arenas, á cuyo discurso fuimos los primeros en dar la merecida alabanza, y cuyas ideas filosóficas hemos hallado enteramente de acuerdo con la doctrina cristiana mas ortodoxa.

Examinemos uno por uno los supuestos errores insidiosos que, según El Pensamiento, mezcla con el catolicismo el ilustre catedrático de la universidad central, y tratemos de hacer ver que no hay tales errores.

Las hermosas palabras de Fr. Luis de Leon, no han podido ser horriblemente profanadas, al ponerlas al frente de un discurso, que no es mas sino un lógico y legítimo desenvolvimiento de esas palabras mismas.

Al primer error supuesto, de que la espresion *unidad armónica* es absurda, porque la *unidad* escluye la armonía y porque la armonía requiere necesariamente pluralidad de objetos, solo debiéramos contestar que este es un ataque á fray Luis de Leon, y no al Sr. Nuñez de Arenas. En efecto, Fr. Luis quiere que la muchedumbre de las cosas creadas se reduzca á unidad, y que mezclándose, no se mezcle, y que siendo una, sea muchas. Si esto es otra cosa diferente de lo que explica el Sr. Nuñez de Arenas, confesamos con ingenuidad que ignoramos hasta el habla castellana. ¿Quién ha dicho al articulista de El Pensamiento que en la *unidad* no cabe variedad, y por consiguiente, armonía? ¿Qué es mas el universo, como el nombre mismo lo indica, sino la creación una y varia? ¿En qué consiste esa armonía, sino en un efecto de la sublime ciencia de Dios, que ha reducido á unidad la muchedumbre de las diferencias, para que venza y reine y ponga su silla la *unidad* sobre todo? ¿Qué hay de anti-cristiano en el párrafo en que el Sr. Nuñez de Arenas supone que la ciencia ha hecho irradiar su unidad en las mas opuestas variedades, de suerte que una esté en todas y todas propendan á ser una? Esta propensión es legítima, es católica, Dios lo vé todo en una sola idea, y la filosofía, desde Pitágoras hasta hoy, no es ni puede ser otra cosa sino *asemejarse á Dios en cuanto al hombre le es posible*. Y no se nos diga que este empeño es arrogante y atrevido. El mismo Dios

nos ha dado aliento y valor para tenerle, á decirnos que somos su imagen y su semejanza; al amonestarnos que procurásemos ser perfectos como él.

Añade El Pensamiento que solo el panteísmo ha dicho que las mas opuestas variedades puedan existir en una sola cosa, la cual siempre sea á la vez todas. Aquí El Pensamiento tacha ya de panteísta á Fr. Luis de Leon, cuyo es el párrafo en que eso se dice, y á San Agustín, que tiene por nada á las cosas todas, en cuanto se las considere separadas de Dios, y cree que solo son algo por estar en Dios por alta é inefable manera. El apóstol también dijo, hablando de Dios, que en él nos movemos, vivimos y somos. Pero qué mucho, cuando el mismo librito de doctrina cristiana que dábamos en la escuela dice que Dios lo llena todo, que está en todo lugar, que todo lo contiene en sí. Esto no es destruir la variedad de las cosas, sino decir que son una sola en Dios, sin dejar por eso de ser muchas.

Esperamos que el articulista no nos venga diciendo que no lo entiende. La inteligencia de esto es clara hasta el punto en que se toca á un misterio, sin el cual sería ininteligible y contradictoria la creación con el ser infinito; porque la creación, considerada aparte y considerada como algo, limitaría con algo lo infinito. Por eso dijo San Agustín que el universo mundo y todos los seres que en él hay, nada son sin el ser que tienen de Dios como prestado; y si son algo, dice el santo doctor, «son por el ser que tú les das, y no son nada, porque no son lo que tú eres.»

Si el seguir esta doctrina es panteísta, panteísta era San Agustín, y con él todos aquellos que no entienden groseramente las cosas, y no hacen de la creación una especie de apéndice, y por lo tanto una contradicción de lo infinito.

También se vuelve contra nosotros El Pensamiento, porque hemos dicho que la *unidad armónica* es el sistema de que todo está en la suprema idea compendiado y cifrado, y porque aspiramos á realizar en el hombre la misma unidad. Nosotros no ponemos en el hombre la suprema idea, ni le divinizamos. Lo que decimos es que la ciencia es una, y está en Dios, entera, digámoslo así, y en su unidad cabal y perfectísima. El entendimiento limitado del hombre comprenderá fragmentos, pedazos de esa ciencia; mas por eso, la ciencia en sí, ¿dejará de ser una?

¿Cómo ha podido imaginar El Pensamiento que localizamos la ciencia, y la subjetivamos, y la ponemos dentro de una inteligencia humana? Ni el Sr. Nuñez de Arenas, ni nosotros hemos dicho tal cosa nunca. La ciencia existe fuera de nosotros en la inteligencia divina; pero toda criatura puede y debe aspirar á alcanzar algo de esa ciencia, puede ser filósofo, puede sentir el deseo de asemejarse á Dios en cuanto le fuere posible. Aun reduciendo esto á lo mas práctico, ¿por qué no ha de procurarse la ciencia humana remedar la de Dios, y establecer la armonía, y por consiguiente, la unidad en todo cuanto en sí contiene? ¿Qué cánón, qué decretos, qué ley divina se oponen á que tengamos tan santo y buen deseo?

La armonía entre la razón y la fé, explicada por el Sr. Nuñez de Arenas, es también muy ortodoxa, y la contradicción que El Pensamiento supone, ni existe, ni jamás ha existido. La fé y la razón son dos modos de conocer, que solo pueden pugnar entre sí, cuando traspasan sus límites. Esto, y no otra cosa, ha dicho el Sr. Nuñez de Arenas. La afirmación de fé, dice el Sr. Nuñez de Arenas, cuyo accion pretendiere el entendimiento, ¿quién sería un absurdo para la ciencia. ¿Y cómo

FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

LOS TRES ROHAN,

por

Roger de Beauvoir.

—Nadie dijo Gúdula. La visita del amo á la cárcel de los Olmos parece que no ha sido ni satisfactoria, ni larga.

—Y quien ha dicho que haya yo estado en la cárcel de los Olmos? replicó bruscamente el sastre: ¡Ea, déjanos, y contentáte con limpiar los zapatos y las cerraduras. No me gusta que nadie espie mis acciones.

Y volviendo la espalda á la antigua criada, la cual se retiró entristecida, maese Potnick, cerró la puerta interior: empezaba á oscurecer, y el ruido de los carruajes que pasaban por la calle, era cada vez menor. Carlos se sentó al lado del mostrador; y al mismo tiempo creyó ver brillar una lágrima en los ojos del sastre.

—¡Lloras, tío? ¡Os he lastimado sin querer? ¡Soy un miserable! exclamó con un arranque de cólera infantil contra sí mismo.

El sastre quiso hablar, mas no pudo articular una sola palabra, y se limitó á estrechar á Carlos sobre su corazón.

—¡Dejarme! ¡Marcharte! ¡Eso sería matar á Elena y á su tío! murmuró sollozando.

—Tranquilízate, tío; no os dejaré, ni olvidaré jamás que os debo cuanto tengo... Sí, vuestra casa será la mía, y os ofrezco no salir de ella sin que vos me lo mandéis! Aquí tenéis, dijo, vertiendo sobre el mostrador los veinticinco ducados que había recibido; aquí tenéis el precio del vestido que habeis vendido hoy á aquella dama extranjera... Sus lacayos se han negado á decirme cómo se llama; pero es muy hermosa, añadió melancólicamente.

—¡Mas hermosa que Elena? dijo el sastre: lo dudo; y la he visto perfectamente esta mañana. Veo que te enamora todo lo que seduce y brilla; un título, una librea... Todo eso, prosiguió el sastre, no vale lo que una casa de comercio sólida y establecida y bien reputada. ¡Vamos, sobrino, vamos! Cuando seas yerno mío! Pero dejame concluir antes mis cuentas, pues creo que Gúdula está encendien-

do mi lámpara, añadió tristemente. Todo está bien cerrado; puedes retirarte á tu cuarto.

El jóven no se hizo repetir la invitación; subió la escalera de encima, y se encontró en su dormitorio.

Solo las manos de una mujer habrían podido reunir en aquel estrecho y humilde recinto las delicadas flores que lo adornaban, y cuyo perfume le sumergió al poco tiempo en una meditación profunda y apacible.

Carlos sospechó que su prima Elena habia despojado el pequeño jardín de maese Potnick para reunir todas aquellas flores. Los ramilletes estaban hechos y colocados con tal arte y tal paciencia, que se adivinaban allí la mano y el gusto de una jóven holandesa. Aquellos ramilletes encubrían del mejor modo posible los hierros de la nueva reja con que la vigilancia de maese Potnick habia protegido á Carlos contra toda evasión nocturna.

Aquella atención, de parte de Elena conmovió al jóven, el cual abrió la ventana y permaneció en ella largo rato respirando los perfumes de aquel jardín improvisado.

¡Ba á bajar para dar las gracias á su prima, cuando el ruido que hizo una piedra al caer en el aposento le llamó la atención.

La niebla y la oscuridad, que invadían la calle reinaban en el exterior; el interior estaba iluminado por una lámpara.

El sobrino del sastre recogió la piedra, que estaba envuelta en un papel. Carlos lo deslió y examinó, recorriendo despues ávidamente las líneas de aquella carta, que decían así:

«Esta noche á las diez os espera en la muralla una persona que desea hablaros. Esa persona es segura y fiel.»

Aquel billete, escrito apresuradamente y con lápiz, carecía de firma.

Carlos se asomó á la ventana y miró la calle, mas no oyó el menor ruido: en vano trató de distinguir los objetos á través de la niebla.

Resuelto á no faltar á la cita que le daban, cualesquiera que debiesen ser sus consecuencias, apagó la luz, y como de costumbre iba á saltar por la ventana; pero esta vez le detuvieron los hierros de la reja.

—Quizás me llaman de parte de la duquesa, pensó Carlos. ¡Si! La reja con que me miraba esta mañana... Tal vez trata de confirmarme alguna misión secreta.

Al par que se decía estas cosas, intentaba separar los hierros de la reja, y como los cimientos estaban frescos todavía, cedieron aquellos fácilmente.

—¡Ahorra! exclamó saltando á la calle, ¡sucedió lo que Dios quiera!

El viento agitaba su capa y hacia temblar los faroles que alumbraban las calles.

Carlos marchaba rápidamente.

Cuando hubo llegado á la muralla, pasó una mirada por la plataforma, y vió un alto bulo negro que permanecía inmóvil á algunos pasos de distancia.

—¡Sois puntual á la cita! Le dijo una voz desfigurada por el embozo de la capa. Dadme el brazo, jóven, y no tembleis.

El sobrino del sastre reconoció entonces la voz del máscara del baile.

—Es preciso que me sigais, añadió.

—Señor máscara, dijo Carlos, ignoro quién sois: antes de daros la mano quiero saber vuestro nombre.

—Lo sabreis cuando hayamos llegado: el carruaje no espera á algunos pasos de distancia... ¡Marchemos!

—¡Un carruaje! ¡Gran Dios! ¡Acaso me tendéis un lazo! exclamó el sobrino del sastre.

—No se os tiende ningún lazo; venid: el tiempo urge... ¡mis hombres nos esperan en la puerta Blanca!

—¡Vuestros hombres! Decid, caballero; pretendéis arrebatarme... ¡Vamos, sed generoso!... ya veis que no traigo armas.

—Yo tengo una espada para defenderos, repuso el máscara, entreabriendo los pliegues de su capa: el que os tocaros, morirá.

—¡Pero explicadme!...

—Es inútil ahora. Mas tarde veremos...

—¡Dios mío! ¿Qué dirá Potnick? ¿Qué dirá Elena?... exclamó el jóven alzando los brazos al cielo con desesperación. ¡Oh! ¡será darles la muerte...! ¡Potnick, me lo ha dicho!... Y sería una infamia de mi parte... ¡No señor, no! ¡No os seguiré!... ¡Me resistiré!...

Y al espresarse en estos términos trataba de desasirse de las manos del desconocido que pugnaba por llevarsele. Carlos resistía con la fuerza de la desesperación; pero el desconocido hizo una señal á dos hombres ocultos detrás de una empalizada, y el so-

brino del sastre se vió derribado y arrollado en su capa en un abrir y cerrar de ojos.

Inmediatamente le metieron en una carroza, tirada por cuatro mulas. La noche era muy oscura: no brillaba en el cielo una sola estrella... Los dos hombres prepararon al pescante y se colocaron al lado del cocher; el desconocido permaneció en el interior al lado de Carlos, que habia caído desmayado y sin fuerzas, sobre los cogines del carruaje.

IV.

Viaje.

Cuando Carlos abrió los ojos, la luna, libre de nubes, iluminaba tristemente las praderas inmediatas á Lexmond: el compañero de Carlos se habia quitado el antifaz como si nada tuviese ya que temer. Sin embargo, de vez en cuando asomaba la cabeza á la portezuela del carruaje, que marchaba con toda la rapidez de sus caballos, para ver si era perseguido.

El sobrino del sastre le consideraba atentamente. Era un hombre de cincuenta años, cuyo semblante, oscurecido por el sol de los trópicos, espesaba la resolución y la energía. Habia en su conjunto algo del leon, sobre todo cuando, moviendo la cabeza, agitaba su melena, que caia en gudejas grises sobre su cuello; una enorme cuchillada dividía su mejilla derecha, sus vestidos estaban tan usados que por algunas partes pendían en girones, y lo inculto de su barba demostraba que era poco cuidadoso de su persona.

Parecía uno de aquellos aventureros alemanes, aventureros tan hábilmente dibujados con tinta por Calot.

Al observarle de cerca, hacia Carlos grandes esfuerzos por evocar algún recuerdo unido á aquella figura.

El desconocido habia guardado un profundo silencio, contentándose con entreabrir las cortinas de baqueta del carruaje, para que la frescura del aire de la noche reanimase al jóven, que estaba casi desmayado.

—¿Dónde estoy? preguntó Carlos con débil acento, mirando á su compañero á la pálida luz de la luna... ¿a dónde me lleváis? ¡Hablad!

—A un país donde os esperan con la mayor impa-

ciencia. Desgraciadamente no soy yo el Sr. Satanás, que son sus velludas alas trasportó á Nuldestor Señor á la cima de la montaña. Los caballos holandeses son poco rápidos, lo mismo que las barcas.

—¿Dios mío! ¡Durará mucho tiempo nuestro viaje? —Diez dias, poco mas ó menos. Tenemos que andar ciento cincuenta leguas.

—Pues ¿a dónde me lleváis?

—A París. ¿A París? Es una antigua ciudad de la que me ha hablado maese Potnick. ¿Qué quieren hacer demí, decid? Tendré el valor necesario para oiros.

—Dentro de dos horas encontraremos en Gorcum caballos ensillados. Allí, si lo queréis, nos detendremos, porque en Gorcum debo recibir una carta de vuestra madre.

—¡De mi madre! ¡Ay! ¡Jamás la he visto! Me engañais, caballero; mi madre ha fallecido: falleció al dar me á luz. Mi tío me lo ha dicho muchas veces. —Vuestra madre existe, puesto que os conduzo á su lado.

—¡Oh! ¡Eso es un sueño!... ¿Cómo es posible que la conozcáis vos mejor que yo? ¿Por qué me alejé, me desterró de su lado, sin que la hubiera amado como amo al cielo? ¿Qué falta he cometido para que al nacer me rechazase de su lado?

—¡Me preguntáis qué falta, jóven? contestó el extranjero, fijando en Carlos una mirada velada por las lágrimas. Es justo que sepais lo que han hecho en contra vuestra, y lo que por vos ha intentado un solo ser en el mundo. Debo desarrollar á vuestra vista un drama horroroso, y vos lo escuchareis para discernir los medios de combatir la perversidad de vuestros enemigos. ¡Os llamais Tancred; vuestro padre se llamó Enrique, príncipe y duque de Rohan! —¡Hijo de un príncipe! murmuró el jóven palideciendo. Sea ó no sea verdad, os escucho, continuó levantando la cabeza con altivez.

—Hijo de un príncipe, continuó el extranjero, procurando leer en los ojos del que le escuchaba. ¡Oh! ¡No envidiais un título que ha hecho pasar por rudas pruebas á vuestra madre!

Y añadió, estrechando entre las suyas las manos de Tancred.

(Se continuará.)

La princesa de Salerno, madre de la duquesa de Amalate, se halla gravemente enferma, según comunican a La Independencia...

—Dice el Morning Herald que M. Kinnaird, individuo del Parlamento, ha examinado las cuentas de la suscripción que se abrió para la asistencia quirúrgica de Garibaldi...

Según escriben de Gotha a la Gaceta de la Cruz, el príncipe Leopoldo de Inglaterra está gravemente enfermo de resultados de una herida que se hizo en la boca con una pluma de acero...

El Daily Telegraph dice lo que copiamos a continuación sobre el matrimonio de la princesa María Pia de Saboya:

En vano la vida del rey de Portugal ha parecido espuesta a fatales golpes. Demasiado reciente es el infortunio que aquejó a esa familia para que necesitemos recordarlo...

Apenas quince años han transcurrido, y ya el espíritu de Carlos Alberto descansa en paz, y Pio IX se ve custodiado dentro de su propia ciudad por tropas extranjeras...

La bondad de corazón característica del Pontífice, cuando no influyen en él mercedes ni Antonellis, le hizo olvidar sus presentes agravios y disgustos...

Un nuevo testigo se ha presentado a deponer sobre la situación de Nápoles. El Sr. Máximo Du Camp, francés y católico, en carta espesa de hostilidad política insinúa que los ingleses sienten hacia toda política favorecida por Roma...

El pueblo había aceptado la revolución meramente como un cambio de gobiernos, trasladando su adhesión de Francisco II a Garibaldi...

El gobierno borbonico se pedían al año veinticuatro mil hombres, y apenas se lograba reunir a cuatro mil. Los demás habían ido a las montañas...

Francisco II mantenía sobre las armas un ejército de casi cien mil hombres, concentrado en Nápoles ocho mil, sin contar los suizos...

—Hasta el brigandaje es menos que antiguamente. Veinte años hace que todas las provincias estaban amenazadas por esa gangrena social...

Examinese la declaración de Fructuoso Suarez, dueño de la referida casa, y se verá como siempre salían juntos de ella, siempre volvíen juntos a excepción de dos noches...

De modo que, no solo aparece demostrado que el objeto exclusivo del viaje de los procesados fue la trágica muerte de doña Carlota...

Examinese la declaración de Fructuoso Suarez, dueño de la referida casa, y se verá como siempre salían juntos de ella, siempre volvíen juntos a excepción de dos noches...

La clase trabajadora acude a las escuelas, y el citado escritor refiere haber visto en uno de los barrios más pobres de Nápoles, una escuela...

REVISTA DE TRIBUNALES.

Interrogado en su indagatoria acerca de este extremo, manifiesta Granados que procedían de la venta de una casa de su propiedad...

De lo espuesto resulta, haber faltado Ramon Granados sustancialmente a la verdad, acerca de los hechos hasta aquí analizados...

De modo que desde los primeros pasos que se dan en este asunto, no solo procura Ramon Granados ocultar la participación que en los hechos preparatorios ha tomado...

Eugenio Lopez Montero lo indicó terminantemente en Almería a doña Encarnación García Fernandez, cuando despidiéndose de ella a presencia de la criada...

Este asunto no era, no podía ser otro, que el asesinato de doña Carlota Pereira. Por eso se ha visto que unas tres semanas antes de haber ocurrido...

De modo que, no solo aparece demostrado que el objeto exclusivo del viaje de los procesados fue la trágica muerte de doña Carlota...

Examinese la declaración de Fructuoso Suarez, dueño de la referida casa, y se verá como siempre salían juntos de ella, siempre volvíen juntos a excepción de dos noches...

De modo que, no solo aparece demostrado que el objeto exclusivo del viaje de los procesados fue la trágica muerte de doña Carlota...

Es de notar que, según las manifestaciones hechas por los procesados a sus mancebas, solo se proponían invertir en el viaje a esta corte unos quinientos días...

—He aquí el literal contenido de ese notable documento: Querido esposo: me alegraré que te halles bueno, que es lo principal...

—Evidente es así a todas luces, que Joaquina Torres no le escribió ni dió encargos a nadie para que lo hiciera. El 18 de julio no se hallaba en Almería...

Además Granados habla en número singular de su protección, y la voz encarguillo que se usa en la carta está en número plural...

—Nótese asimismo, que mientras en las cartas que tanto la Ramona como la Joaquina escribieron anteriormente a los procesados, cada una lo hizo con independencia de la otra...

—Formada rueda de presos con todas las formalidades legales, y como constantemente se acostumbraba, é introducido en ella Granados antes de que los testigos penetrasen en la sala donde se hallaba...

—Pero esta es más chocante, más absurda é inverosímil la versión de Ramon Granados cuando se fija la atención en las palabras altamente significativas, de que hablen al caballero aunque no vaya solo...

—Formada rueda de presos con todas las formalidades legales, y como constantemente se acostumbraba, é introducido en ella Granados antes de que los testigos penetrasen en la sala donde se hallaba...

se desea hablar a una persona particular ó empleada a quien se necesita, sea ya directamente a su casa ó a la oficina...

—Siempre sería violenta semejante interpretación, porque si Montero solo fuera el iniciado en el proyecto criminal, ¿con qué fin dirigir la carta a Granados en nombre de su mujer...

—Esta carta envuelve, como antes indicamos, una doble significación; sus frases tienen una marcada tendencia criminal; su objeto es precipitar a los procesados al cumplimiento de un terrible compromiso...

—Ya hemos demostrado que este fué el negocio que trajo a Madrid a Montero y Granados, a cuya gestión se dedicaron ostensiblemente desde su llegada...

—Elo es que el asesinato no se consumó hasta que Granados recibió la funesta órden dictada en Almería el 15 de julio...

—Elo es que el asesinato no se consumó hasta que Granados recibió la funesta órden dictada en Almería el 15 de julio...

—Elo es que el asesinato no se consumó hasta que Granados recibió la funesta órden dictada en Almería el 15 de julio...

—Elo es que el asesinato no se consumó hasta que Granados recibió la funesta órden dictada en Almería el 15 de julio...

—Elo es que el asesinato no se consumó hasta que Granados recibió la funesta órden dictada en Almería el 15 de julio...

—Elo es que el asesinato no se consumó hasta que Granados recibió la funesta órden dictada en Almería el 15 de julio...

la puerta de la casa de la declarante, desaparece la inverosimilitud que el defensor de Granados enciende...

El mismo espresado defensor rechaza el testimonio de Basilia Gutiérrez, atendida la contradicción que, a su parecer, existe entre su primera y última declaración...

—Ciertos es, por lo tanto, según antes dijimos, que Ramon Granados no se limitó a traer a Madrid a Eugenio Lopez Montero para ejecutar el asesinato...

—No cabe, Excmo. señor, demostración mas completa de la participación de Ramon Granados en el homicidio premeditado y alevoso de doña Carlota Pereira...

—El fiscal de S. M. se ocupó ayer de los procesados Eugenio Lopez Montero y Ramon Granados, espone los hechos que se refieren a su criminalidad...

—No son vanas conjeturas las en que apoya el fiscal estos razonamientos, estas presunciones. Se fundan en el resultado de los autos, en esas pruebas claras...

—Vamos, por fin, a tratar del pro que absorbe todo el interés de la causa, del protagonista de este sangriento drama...

—Vamos, por fin, a tratar del pro que absorbe todo el interés de la causa, del protagonista de este sangriento drama...

—Vamos, por fin, a tratar del pro que absorbe todo el interés de la causa, del protagonista de este sangriento drama...

—Vamos, por fin, a tratar del pro que absorbe todo el interés de la causa, del protagonista de este sangriento drama...

—Vamos, por fin, a tratar del pro que absorbe todo el interés de la causa, del protagonista de este sangriento drama...

—Vamos, por fin, a tratar del pro que absorbe todo el interés de la causa, del protagonista de este sangriento drama...

—Vamos, por fin, a tratar del pro que absorbe todo el interés de la causa, del protagonista de este sangriento drama...

CUALQUIER COSA.

La junta encargada de proporcionar recursos para celebrar los funerales del malogrado Ossorio, y atender a la decorosa subsistencia de la familia que su prematura muerte dejó en una situación precaria...

—Ved, pues, Excmo. señor, a Ramon Granados, figurando siempre en primer término en este proceso...

—Ved, pues, Excmo. señor, a Ramon Granados, figurando siempre en primer término en este proceso...

—Ved, pues, Excmo. señor, a Ramon Granados, figurando siempre en primer término en este proceso...

—Ved, pues, Excmo. señor, a Ramon Granados, figurando siempre en primer término en este proceso...

